



# LIDIA

## Revista Taurina Ilustrada.

Administración: Calle del Arenal, 27.--Madrid.

PRECIOS PARA LA VENTA		PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		NÚMEROS ATRASADOS	
25 números ordinarios.....	Ptas. 2,50	Madrid: trimestre.....	Ptas. 2,50	Ordinario.....	Ptas. 0,25
25 > extraordinarios.....	> 5	Provincias: >.....	> 3	Extraordinario.....	> 0,50
		Extranjero: año.....	> 15		

Quedan reservados todos los derechos de reproducción.

AÑO XVI.

NÚMERO 8.

Numero extraordinario ! MADRID: Viernes 4 de Junio de 1897. ! Precio: 15 céntimos.

### ADVERTENCIA

LA LIDIA, no queriendo demorar la publicación del retrato y cogida del infortunado diestro Julio Aparici y Pascual (Fabrilo), y con ansia además de ocuparse en los asuntos que anunciaba su último número, pone hoy á la venta este extraordinario sin aumento de precio. Nuestros lectores, pues, deben abonar por este número doble, 15 CENTIMOS solamente.

### PROTESTA

UN escritor taurino, exclusivamente taurino, *El Barquero*, á cuyo cargo está la sección correspondiente en un diario político de la noche, de gran circulación, ha logrado el domingo último una jornada de esas que no pueden menos de influir definitivamente de una manera, no favorable ni gloriosa por cierto, en la personalidad pública del que al público se debe.

Tomando por campo de sus operaciones la tribuna de *El Heraldo de Madrid* (periódico cuya importancia reconocemos, y que por lo mismo, sin duda, se le ha ido subiendo paulatinamente á la cabeza), ha desenvuelto con admirable constancia su obra, que ha coronado al fin, hace cinco días, obsequiando con parte de ella á otra publicación profesional, *El Tío Jindama*.

No hay para qué hacer historia de un asunto que todos conocen; la divergencia de opiniones es cosa harto corriente en el periodismo, y la polémica que de ella se origina, mantenida en forma serena y correcta, sobre dar calor é interés á la discusión, ni ofende ni lesiona; pero desde el momento en que la violencia y la pasión brotan ciegas del pensamiento, debe cortarse de raíz, en beneficio de la profesión y en honra de la clase. A eso tendemos por nuestra parte, después de contestar á la incalificable diatriba en que el periodista de referencia contra nosotros se desata.

Tres aspectos ofrece la fógosa elucubración que nos ocupa, que procuraremos sintetizar en lo posible. Del primero, no recordamos ejemplo semejante en los fastos del periodismo, que hasta el presente no se había re-

bajado al extremo de ofender la memoria de... ¡un muerto!... Estaba reservado el descubrimiento de esos horizontes para *El Barquero*, que con refinada satisfacción, por lo visto, expresa, al comenzar sus tareas del domingo anterior, que por San Eugenio del año pasado, murió, POR FORTUNA, nuestro inolvidable compañero Antonio Peña y Goñi. ¡Es la primera vez que nadie se atreve á tanto! Por mucho que sea el odio que puedan profesarse los humanos, siempre se ha desvanecido ante el sagrado reposo de la tumba; hollar lo que desde que nos apunta la razón nos enseña á respetar la sociedad y la familia, es una indignidad.

Pero la soberbia y el paroxismo de la frase, está en lanzarla contra la opinión unánime, que considero y considera (¡á ver si hay un solo periodista en España que acepte y ratifique la palabra!) como una verdadera desgracia la muerte del notabilísimo escritor, gloria literaria por todos reconocida. Y si poco piadosa es la manifestación aquélla, menos noble y nada hidalga es la ocasión de contar una historia á renglón seguido, cuyos extremos hay que considerar, por no pertenecer el que pudiera rebatirlos al mundo de los vivos, como suposiciones infundadas y gratuitas.

En esta inteligencia, nosotros, reivindicando la memoria del malogrado escritor y amigo, protestamos con todas nuestras energías de tales conceptos, que declaramos falsos á todas luces, y lo que es más inicuo, calumniosos, para un muerto; y lamentamos á la vez, que ninguno de los periódicos, particularmente aquellos á los que tan entusiasta como frecuentemente prestara su valioso concurso, hayan tenido, hasta ahora, con este desdichado motivo, un recuerdo cariñoso para el ilustre crítico, ni una nota de corrección para quien tan desataleadamente pisotea su tumba y escarnece su memoria.

Como consecuencia de lo expuesto, surge el segundo aspecto de la cuestión, dentro de una colectividad, en la que uno de sus individuos falta á la consideración y respeto debidos á la memoria de uno de los socios más meritorios. Sabido es que Peña y Goñi fué una de las iniciativas más poderosas de la Asociación de la Prensa, y su variado talento uno de los que más brillaron en las primeras manifestaciones de la naciente Sociedad. Pues bien; en los Estatutos de ésta hay una cláusula que dice así: «*Todo socio que por su conducta en el ejercicio de la profesión, fuese indigno de pertenecer á la Sociedad, será expulsado de ella*, devolviéndole el importe de las cuotas que hubiese satisfecho desde su ingreso, deduciéndose las cantidades que, en concepto de socorros, la Asociación le hubiera entregado.» Y añaden más adelante: «*Quando la Junta directiva se creyera en el caso de aplicar á algún socio el artículo anterior, no podrá hacerlo sin llamar y oír previamente al interesado, y sin que el Censor emita un minucioso informe, que se unirá al expediente que con tal motivo se forme, para que conste siempre en la Secretaría ó Archivo de la Sociedad.*»

¿Cree la Asociación de la Prensa Madrileña que es digno y corriente que uno de sus individuos menoscabe y denigre la memoria de esclarecidos socios de la misma? Si cree que esto es tolerable, y no se juzga suficiente para reprimir tales desmanes dentro de sus mismos dominios, disuélvase y quede como recuerdo de tantos otros proyectos frustrados, de que tan abundantes somos en España. Si por el contrario, estima que hay acto merecedor de censura y reprensión, ¿qué hace que no ha tomado ya cartas en el asunto? El Censor, que cumpliendo con su cometido se habrá enterado indudablemente del atentado periodístico del domingo, ha debido llamar la atención de la Junta directiva, y ésta discutir y resolver sobre el particular, según está establecido, que á ello le obliga el fin primordial de la Asociación, cual es el de mantener el espíritu de compañerismo y de concordia entre los afiliados á la prensa madrileña. Si ésta se ha de convertir en memorial de insultos y procacidades, demos de mano á los desvelos de la imaginación, y tirando cada cual por su lado, busquemos en el trabajo material, aunque rudo, la compensación del pensamiento descansado y tranquilo.

Hasta aquí, los aspectos de la indigestión taurina de *El Barquero* que afectan á la memoria de nuestro querido compañero que fué, y á la profesión en general, del periodista. El tercer aspecto se contrae á la entidad LIDIA, á nuestra revista, y es con el que ha favorecido á *El Tío Jindama*, del cual ha conseguido, debido indudablemente á las complacencias del compañerismo, que se preste, mal de su grado (así le hacemos la justicia de

creerlo), á servir de forzado baluarte desde el que la desesperación del preopinante ha disparado sus asquerosos proyectiles.

Respecto á este particular seremos breves, que no nos gusta hablar mucho de nosotros. De ninguna manera pensamos seguir en la forma interna ni externa al articulista; le cedemos íntegra toda la gloria del sistema, que seguramente se eternizará como modelo de

baratería periodística. El contenido del discurso, ni nos da frío ni calor. El dictado de anciana más favorece que denigra á esta publicación, puesto que prueba su conformidad de ideas con el público, merced á la cual ha podido llegar á vieja, lo que no hubiera conseguido al faltarle su apoyo. En resumen, y para terminar, quedamos tranquilos; tan conocida, limpia y transparente es la historia

de nuestra revista; la única mancha que la empañará quizá, será la de haber dado cabida en sus columnas á los escritos de *El Barquero*, y haberle tratado con una consideración que ha venido á demostrar que no merecía, correspondiendo con tan incomparable lealtad y reconocimiento.

LA REDACCIÓN

## LOS SABLAZOS DEL BARQUERO

—¡Traición! ¡Miedo! ¡Cobardía! ¡Ataques anónimos y miserables! En cuanto averigüe quién es el tal *Venablo*, ya se lo dirán de misas. Voy á hacer una que sea sonada...

—Calma, seor *Barquero*, calma; que no tiene más razón el que más grita. Aquí está *Venablo*. Aquí tiene usted al objeto de sus iras, que sin descomponerse ni amedrentarse por sus amenazas y desplantes de mal gusto, viene á ratificarse en todo lo escrito.

¿Qué ha dicho *Venablo* para removerle á usted tanto la bilis? Pues ha demostrado sencillamente, copiando trozos de revistas escritas por usted, su apasionamiento contra *Guerrita*, y le ha conminado en términos amistosos para que fuera imparcial — nada más que imparcial — en sus juicios, so pena de poner al descubierto algo que pudiera dar la clave del odio africano que usted siente hacia el diestro cordobés. No creo que de esto se pueda sacar, ni con pinzas, nada que constituya una ofensa personal.

Y, sin embargo, usted, ciego de furor, con un verdadero paroxismo de rabia, desliza usted en *El Tío Jindama* un artículo tabernario que el colega ha insertado á regañadientes, según se desprende de la nota de redacción que lleva al pie, para llamar á *Venablo* venado (¡qué cosa tan culta!); para decir que desearía usted conocer á mi madre, á fin de poder decirle muchas cosas (¡qué asco!), y para ensartar otra porción de chocarrearías muy apropiadas al lenguaje de timbas y garitos, pero muy impropias para ser estampadas en letras de molde. No he de seguir á usted en este terreno, porque aunque yo sea mal escritor como usted dice con razón, sé por lo menos guardar en lo que escribo el decoro que debo á mí mismo y á las personas que me leen.

Nunca, probablemente, se habría realizado el hecho de dar publicidad clara y completa á un documento suscrito por usted, y que á mi juicio no le favorece; pero ya que usted ha llevado al colmo sus agresiones é intemperancias, voy á contarle una sabrosa, verídica y edificante historia, que es del tenor siguiente:

Presentóse un día en mi casa una persona ligada por vínculos de íntima amistad al espada Rafael Guerra (*Guerrita*), y después de cambiar conmigo las naturales frases de cortesía, me entregó una carta en la que según me dijo se citaba repetidamente mi nombre, á fin de averiguar si era cierta la intervención que en la carta se me atribuía.

Leí la carta y quedé verdaderamente asombrado. En ella se le pedía dinero á *Guerrita*, sin conocerle ni haber cruzado jamás el saludo con él, y se decía que la petición era hecha por reiterados consejos míos. Como yo, ni de cerca ni de lejos, ni directa ni indirectamente había intervenido en semejante asunto, pude desde luego calificar de

*falso* todo lo que á mí se refería, añadiendo que, dado el concepto que yo tengo formado de lo que debe ser el escritor (porque escritor era el autor de la carta), mal podía aconsejarle que pidiera dinero á un *torero*, con quien, por otra parte, declaraba no tener relación de ningún género. La carta llevaba al pie la siguiente firma: ANGEL CAAMAÑO, y estaba toda escrita de puño y letra del firmante.

Quedéme con ella por consentimiento de la persona que me la trajo, para hacer el uso que tuviera por conveniente, siendo lo primero que pensé, como era natural, el pedir una explicación á quien así había abusado de mi confianza; mas pasados algunos días, era para mí tan repugnante, á pesar de ser el agraviado, discutir este enojoso asunto, que las cosas quedaron en tal estado; pues lo mismo el diestro cordobés, que el portador del documento ante quienes me convenía sincerarme, estaban completamente convencidos — y en esto me hacían justicia — de que yo era incapaz de haberme mezclado en negocio de tal naturaleza.

La carta del Sr. Caamaño, que conservo original á disposición de quien desee verla, y que no inserto íntegra por no tener autorización para ello de la persona á quien va dirigida, dice fielmente extractada:

Que *sin tener el gusto de tratar á Guerrita*, se dirige á él *animado por mis consejos* y teniendo en cuenta que *la necesidad es muy atrevida*: que ha tenido la desgracia de que le fueran robadas dos mil pesetas propiedad de la oficina donde servía, habiendo quedado, por consecuencia, cesante, y otorgándosele un plazo de diez días para reintegrar dicha suma, pues si no será puesto el suceso en conocimiento de los tribunales; que para salir del apuro pensó en una novillada-beneficio, obteniendo el ofrecimiento gratuito de varios diestros, habiendo tenido que desistir del proyecto por negarse la Empresa á ayudarle con toros, caballos y piso de Plaza, á pesar de proponerla para ella todas las ganancias, descontadas las dos mil pesetas; que pensó luego en una función teatral, pero como el teatro no puede dar los rendimientos que una función de toros, se dirige á Guerra, *aconsejado por mí*, para que le facilite como anticipo la suma necesaria para dar la novillada por su cuenta, ó por lo menos, le ayude con algo que complete la función teatral, que vendidas todas las localidades, vendrá á dar libres unas mil pesetas: y termina repitiendo que nunca se hubiera atrevido á molestar á Guerra *sin haberle jamás saludado*; pero que de una parte la proximidad del día en que puede resultar su bienestar ó su ruina, y de otra *mis consejos*, le deciden á dirigirle la carta.

Va ésta acompañada de una tarjeta que dice: «Angel Caamaño, revistero taurino de *El Herald* de Madrid.» ¿Le conoce usted?

La carta supongo que debió quedar sin contestación; y las personas que teniendo noticia de su contenido han visto después la verdadera saña con que ha venido usted tratando á *Guerrita*, no

han podido menos de establecer cierta relación entre ambos hechos. No seré yo quien afirme que sea ésta la causa eficiente de su apasionamiento contra Guerra; pero lo que sí puedo afirmar, es que le ha mortificado usted con una constancia y una tenacidad verdaderamente implacables. Un inolvidable compañero y escritor ilustre, cuya tumba ha pisoteado usted recientemente desde las columnas de *El Herald*, diciendo, entre otras atrocidades, *que ya se murió por fortuna*, publicó el año pasado en LA LIDIA uno de los párrafos más escogidos entre los muchos buenos dedicados por usted al famoso diestro. Dice así:

«*Guerrita* ha perdido totalmente la vergüenza, pues á cada paso va echando mano de los burladeros, y sobre todo, cuando tiene que habérselas con pavos que no son chotos del Saltillo. ¡Y el público inocente y cándido aplaudiendo aún las cabriolas y *padeburés* del primer titiritero taurino de estos tiempos!»

Ponga usted la mano en su pecho y diga si es esta la misión del crítico, ni si usted mismo ha escrito cosa semejante, aun tratándose del último de los novilleros. ¿Y quiere usted todavía que no le llamen apasionado? Pues esa es la nota que le dan todos los aficionados de corazón sano; que al hombre que vive y trabaja para el público, y más en la ruda profesión de lidiador de toros, bueno es que se le censure con severidad, si su trabajo no responde á lo que hay derecho á exigir de su categoría; pero no que sistemáticamente se le escatimen, si es que no se le niegan, méritos contraídos acaso con riesgo de la vida, y se le ponga el *inri* con párrafos afrentosos como el que dejo copiado. Por esas y otras cosas ha conseguido usted tanta popularidad y tantas simpatías, que rara es la tarde que no le *chillan* en la Plaza.

No he de terminar este enojoso relato, sin excitarle á que publique esa *documentación* que dice usted que posee, asegurando yo *à priori* y con la más absoluta certeza, que nada ha de resultar de ella que pueda afectar en lo más mínimo á mi buen nombre; y respecto á la insensatez, por no decir otra cosa, que usted comete removiendo las cenizas de un ser querido y sagrado para mí, que falleció hace más de treinta años, no he de pedirle satisfacción alguna, pues dicho por usted, ni eso, ni nada, lo considero como ofensa: por no pedirle, ni siquiera le pido el reintegro de la cantidad que solicitó usted de mí en un día de apuro y que tuve el gusto de entregarle.

Todos los conceptos expresados en este escrito se ajustan á la más estricta verdad, pues yo sólo he procurado referir con la mayor fidelidad posible, hechos que son completamente exactos: si de ello resulta mortificación para usted, culpe de todo á los hechos mismos, y recuerde la frase de nuestro gran satírico:

«Arrojar la cara importa  
que el espejo no hay por qué.»

LUIS CARMENA y MILLAN  
(*Venablo*.)

## ¡FABRILLO!

Otro mártir del deber que da, en desdicha suprema, resolución al problema fatal del *ser ó no ser*. Risueño y feliz ayer, de la existencia el tesoro, encerraba en seda y oro, y confiado y radiante lo presentaba arrogante entre las astas de un toro.

Esa opinión singular que alguna vez se arrebató y con sus cariños mata al ídolo popular, quiso su aplauso extremar con el artista estimado, que al responder denodado fuera de su propia suerte, con una herida de muerte cayó al suelo ensangrentado.

No culpemos la entidad que la catástrofe evoca; en sus aficiones. loca fué siempre la humanidad. Temamos la adversidad que se cruza en un camino; y los azares del sino sobrellevando con calma, pidamos paz para el alma del nuevo mártir taurino.

MARIANO DEL TODO y HERRERO

NUESTRO DIBUJO

JULIO APARICI Y PASCUAL (FABRILLO)

CUANDO el diestro valenciano comenzaba á recoger el fruto de sus afanes; cuando la profesión que abrazara con tanta fe parecía brindarle nuevos triunfos y alcanzar la recompensa de tantos y tantos sinsabores; cuando los horizontes parecían ensancharse ante su paso gracias á su valentía y á su constancia para vencer las dificultades que viera surgir á cada momento; cuando había alcanzado mayor número de ventajosos ajustes para una temporada; ¡inescrutables designios de la Providencia! El querer complacer como siempre á los públicos ante quienes trabajara, le ha llevado al sepulcro, marchitando en un momento todas las esperanzas y todas las ilusiones añadiendo una página luctuosa en el libro de la historia de la tauromaquia.

¡Pobre Fabrillo!  
En la plenitud de la vida, cuando el porvenir parecía sonreírle como nunca, *Lengüeto*, un toro de la ganadería de Cámara, le infiere terrible herida, y borra su nombre del libro de los vivientes.

Aquella varonil naturaleza que había triunfado tantas veces de la muerte, esta vez, por los destrozos que en el cuerpo del valeroso diestro había hecho el cuerno del de Cámara, fué impotente para vencer, auxiliada por los remedios de la ciencia, y la pericia de los profesores médicos que le asistieron desde los primeros momentos, que confiaron en el poder de los recursos de la medicina.

¡Vana esperanza!  
La muerte se cernió sobre el infortunado Fabrillo desde que *Lengüeto* le infirió la cornada, y por esta vez fué mayor su poder que lo había sido en anteriores ocasiones, y le arrebató la existencia y privó á una honrada familia del más poderoso auxiliar que tenían hacia algún tiempo.

Por eso, horas antes de morir, decía Fabrillo al doctor Moliner, que no se separaba de su cabecera:

«Don Paco, no me deixe morir. ¡Ya sap que no es per mí!»

Y decía la verdad. Si deseaba vivir era por su familia, á quien idolatraba, y con la que compartiera siempre sus alegrías y sus tristezas, las horas de ventura y los días en que todo cuanto rodea al individuo acibara su existencia.

Pocos minutos antes de las cuatro de la tarde del día 30 del pasado Mayo, después de tres días de crueles sufrimientos, entregaba su alma á Dios el valeroso cuan infortunado Julio Aparici y Pascual (Fabrillo), rodeado de su familia, del doctor Moliner, de su apoderado D. Manuel García, y algunos diestros de los que formaban en su cuadrilla.



El mes de Mayo, en las fastos de la tauromaquia,

es tristísimo por demás. Entre los diestros que en el citado mes han perdido la existencia, recordamos los siguientes: Pepé Illó, Antonio Romero, Curro Guillén, José Fernández (Bocanegra), Manuel Calderón, Manuel Luque Arcas, Manuel García (Espartero), José Noriega (el Castizo), Cayetano Panero (Peterete), y los diestros valencianos Mariano Canet (Llusio), Honorato Martí y Julio Aparici y Pascual (Fabrillo).

Julio Aparici y Pascual (Fabrillo) nació en el poblado



de Ruzafa, el día 1.º de Noviembre de 1867, y fueron sus padres D. Rafael y D.ª Salvadora.

En el matadero de Valencia y en las capeas de los pueblos hizo, como tantos otros, su aprendizaje en la profesión; consiguiendo en poco tiempo distinguirse de sus compañeros.

Hizo su presentación en Valencia como matador de novillos, el 3 de Octubre de 1885, y el éxito satisfizo sus deseos. Poco tiempo después el nombre de Fabrillo figuraba en los carteles de las más importantes Plazas de España, y los públicos todos le prodigaban sus aplausos.

El 14 de Octubre de 1888 le confirió la suprema in-

vestidura en Valencia el veterano Antonio Carmona (el Gordito), y el 30 de Mayo de 1889 le fué confirmada en la de Madrid por Salvador Sánchez (Frascuelo).

A partir de esa época se acrecienta la fama de Fabrillo, y torca en las más importantes Plazas de España y Francia alternando con los más celebrados diestros, sin desmerecer de ellos su trabajo en todas las suertes del toreo, pasando en muchas sus arrojados el límite de lo temerario, llevado de su amor propio y de su afán constante de dar gusto al público.

Uno de estos afanes es el que le ha costado la vida.



Impresión penosa en general la desarrollada por tan lamentable suceso, y extraordinaria la producida en Valencia, donde, como hijo de la localidad, sentíase por el natural preferencia. La ansiedad del público durante el curso de la enfermedad, trocóse en conmiseración profunda al extenderse la noticia del fatal desenlace, y la masa popular dispúsose á tributar al malogrado paisano las más sinceras muestras de sentimiento y cariño.

Convertido en capilla ardiente el patio de la morada del infeliz torero; colgadas las paredes de severos paños negros, y destacando sobre ellos la imagen de la redención humana, colocóse en el centro el féretro en que descansaba el cadáver, vestido en traje de calle, del que hasta pocas horas antes había excitado el entusiasmo de sus convecinos, y por delante de él desfilaron triste y silenciosamente la población contristada.

Al mismo tiempo, al pie de la cama imperial, ibanse amontonando elegantes coronas de flores artificiales, y sencillas y fragantes de aquellas naturales en que tan pródiga es la ciudad del Turia, y llegando á la casa numerosos telegramas y cartas, testimonio de duelo en todas partes, y ofrenda delicada y sentida de amigos y compañeros, pronto se elevó á más de veinte el número de las primeras, y á incontable el de los segundos.

El entierro demoróse hasta el miércoles, á las cinco de la tarde, á cuyo efecto se embalsamó el cadáver, y presenciando el paso de la comitiva cerca de cien mil personas, entre las que se contaban pueblos enteros de las cercanías de la capital; el cuerpo del desgraciado Fabrillo recibió cristiana sepultura en un nicho provisional, interin se levanta un mausoleo que por suscripción han acordado costear muchos de sus admiradores y

amigos. La desgracia del diestro valenciano altera en parte la combinación de las corridas de feria en la ciudad del Cid, y muchas otras en que debía tomar parte por el Mediodía de Francia.

Dios le tenga en su gloria, y dé á su atribulada familia la resignación cristiana, tan necesaria en estos casos para sobrellevar las amargas horas que ha de causarle tan irreparable pérdida.

LA LIDIA envía á la familia del valiente torero su más sincero pésame.

LEOPOLDO VÁZQUEZ.

¡Á LAS TABLAS!!

HAN pasado cuarenta y cinco años, y aún conservo en mi memoria, como si ayer le hubiese visto, el suceso que voy á referir. Ocurrió el 16 de Mayo de 1852, en la Plaza de Madrid, que desde 1749 á 1874 fué teatro de las más grandes hazañas taurinas que han presenciado los nacidos: como que en ella hicieron sucesivamente alarde y ostentación de su valor, audacia é inteligencia, los Palomos, Romeros, Martincho, Costillares, Illo, Guillén, León, Montes, Cúchares, Redondo, Sanz, Domínguez, Tato, Carmona, Molina, Sánchez y otros, que con su sangre regaron la arena pisoteada por los jacos de célebres varilargueros, cuyos nombres son harto conocidos de todos los aficionados antiguos y modernos.

Mil veces lo he dicho, y conmigo muchos de los que en ella presenciaron corridas de toros; no sé qué tenía Circo tan alegre, que sin ser pequeño, distinguíanse claramente de un lado á otro los individuos que ocupaban sus localidades, y hasta se oían las voces que en particular dirigía cualquiera desde los sitios más extremos, y la contestación que se les daba. Tal vez la circunstancia de ocupar años y años consecutivamente y sin interrupción el mismo asiento la misma persona, y la de que todos los aficionados formaban unidos un gran núcleo de amistad, que por desgracia se ha ido perdiendo, favoreciéndose la animación, sin dejar por nada de interesarse cada uno por su torero favorito, y defenderle á capa y espada. Los cafés de la Iberia y de los Dos Amigos, eran las cátedras donde la gente instruída, pero de todos colores, discutía el mérito de los diestros, daba y recibía noticias taurinas, y apostaba sobre el éxito que en la próxima corrida lograrían sus patrocinados. A todas horas, y especialmente en las de la noche, aquellos saloncillos que los dueños de dichos establecimientos reservaron á los aficionados, parecían un hormiguero en que sin cesar entraban y salían los más conocidos y considerados taurófilos; si las letras tenían entonces su Parnasio en el café del Príncipe, la tauromaquia, en aquellos otros, había establecido su *sanhedrin*, haciendo de dignatarios D. Alejandro Latorre ó D. Alejandro Cortejarena, D. Pepito López ó D. Blas Reguera, y de Príncipe, D. Pedro Colón, Duque de Veragua.

Dada ya á conocer la cohesión que entre la mayor parte de los aficionados existía, y las condiciones de la Plaza, voy á referir el suceso indicado al principio, para que se vea cuán diferentes eran entonces las tolerancias y la justicia, comparadas con las que actualmente se estilan.

Corrieronse toros del Marqués de Casa Gaviria, divisa roja y crespon negro, que lo mismo podía significar el luto por la reciente muerte del entonces primer Marqués, como por la del antiguo renombre de la ganadería, eclipsado ya por constante decadencia. Malos, cobardes y de sentido, fueron dos quemados, y todos muertos por estocadas lajas, atravesadas y con precauciones que con gran inteligencia emplearon los célebres Cúchares y el Chiclanero, ayudándose mutuamente. Salió el sexto toro, cobarde y huído, al que lanceó de capa José Redondo para ver si conseguía pararle los pies; tomó cinco varas de refilón, y en cuanto Colás y Lillo le colocaron tres pares de banderillas como Dios les dió á entender, pero sin salidas falsas, que entonces eran muy censuradas, el bicho se aculé á las tablas, delante del famoso tendido número 5. Inútiles fueron los esfuerzos del matador para sacarle de allí, ó al menos para terciarle y poder entrar al volapié; trabajaron también para ello los inteligentes banderilleros antedichos y los notables Muñiz y Blayé; y el mismo Cúchares se vió comprometido en una arrancada del animal, que volvió al mismo sitio á colocarse en igual forma que antes. D. Juan Plaza, que ocupaba una barrera á mi lado, gritó con fuerza: ¡á la hoya!, y esa voz la repitieron, con todos los bulliciosos concurrentes á aquel tendido, los Aguados, los Fabeirac y Manrique, y tuvo eco en el tendido 6 entre D. Argel Calvo y D. Manuel Alvarez (su gro más tarde de Frascuelo), y en los tendidos 1 y 2, en que llevaban la batuta D. Carlos Aymérich, D. Mariano Trives y los escribanos Alvarez y Mendoza.

Bregaban sin fruto las cuadrillas; sudaba el espada sin conseguir que el toro se inclinase á un lado; aconsejaronle algunos que intentase el descabello, pero como el animal no había recibido estocada, rechazó el hombre la intención: hizo que se arriasen todos los peones, y de los tercios alegró al toro para esperarle á la carrera. Nada; pegado de ancas á las tablas, como si le hubiesen clavado, permanecía desafiando el cobarde buey con la cabeza baja. A todo esto el tiempo pasaba; temíase el primer aviso de la Presi-

dencia, y cada vez eran mayores las voces de ¡á la hoya! ¡á la hoya!

— Sí; á la joya, ¿y por onde zargo?

— Por las tablas — contestó Curro Cúchares.

¡A las tablas! — dijo D. Antolin López desde una barrera del 3; — y ¡á las tablas! — repitieron Joaquín Marracci y Pepe Toscano, que capitaneaban la gente de la meseta del toril.

— Pero es una vergüenza tomar el olivo...  
— Déjate d'ezo, anda, asegura á eze ladrón.

Levantó un instante el toro la cabeza, y entonces, rápido como el pensamiento, arrancó en cortó el Chiclanero, soltó la muleta en el hocico del toro, le dió una estocada alta y salió por pies á saltar la barrera. Cuando la trasponía, clavaba la fiera sus astes en las tablas, y á pocos momentos caía redonda en la arena para no levantarse más.

El primero que aplaudió fué D. Alejandro Latorre desde el palco 35 con el Conde de Vistahermosa, secundándolos todos los ya referidos aficionados; pero silbaron algunos concurrentes á los tendidos de sol. Entonces los gritos de ¡que venga! ¡que venga! ¡Chiclanero! ¡Chiclanero! repetidos por los del 5, que imponían su voluntad á toda la Plaza, hicieron venir al famoso diestro, que recibió, con una lluvia de cigarreros, una de las mayores ovaciones que en aquel Circo se han visto.

Cúchares, al estrechar con efusión la mano de su compañero, decía: de un goyetazo debías haber despachao á Baratero. (Este era el nombre del toro.) ¡Era un perro!

Así se juzgaba en aquellos tiempos á los toreros, sin atender á simpatías personales; y así se conducían, unos con otros, los diestros de más fama. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo ahora? ¿Es porque abundan los sabios, y la intolerancia es su bandera? ¿Es porque los toreros se complacen en relajar los vínculos del buen compañerismo? No; no es esto último, es lo anterior. Si en igualdad de circunstancias se ballaran, por ejemplo, Cacheta y Lagartijo, ¿se les juzgaría con el mismo criterio? ¿A que los sabios de nuevo cuño reconocían desde luego en el último, como recurso plausible, lo que en el primero supondría cobardía, sin tener en cuenta que *el hecho en sí era el mismo*, y que tal vez el valor podría estar en razón inversa con la inteligencia?

Cobra buena fama, y échate... á las tablas.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA



## UNA GRACIA DE CURRO CÚCHARES



Mi inolvidable amigo D. Carlos García de Lecomte, íntimo que lo fué desde la niñez de Curro Cúchares, y aficionado inteligente de primera nota entre el núcleo de los sevillanos, la refería con su especial gracejo y don de imitación en el gesto, actitud y la palabra.

En diversas ocasiones en que sosteníamos la tertulia del café á que de diario concurrían buenos aficionados, D. Carlos, siempre expansivo, decidor y chirigotero, era el más firme orador del concurso, y el que con un

memorión de privilegio relataba hechos y casos de gente del arte, salpimentándolos de juicios si expresados con vehemencia, hijos de su carácter, no exentos de gracia en las comparaciones que en algo mortificaban el amor propio de los que no querían confesar los méritos de ciertos lidiadores, honra y prez de la sevillana escuela.

Recuerdo que en cierto día sólo nos hallábamos á la mesa en que celebrábamos nuestra tertulia; y como de costumbre hablásemos de toreo, salieron á relucir nombres propios de espadas fallecidos. D. Carlos, entre las mil anécdotas que me contó referentes á Curro, del que decía que *hasta sus huesos pesaban mucho*, refiriéndose con esto á que fué uno de los que llevaron la caja de sus restos cuando la piedad de la sociedad taurina de la Habana los restituyó á Sevilla, para que en el cementerio de San Fernando tuviesen eternal descanso, contóme el hecho siguiente que me hizo reír grandemente; porque sobre la indudable gracia que encierra, deja conocer cuánta era la inteligencia de Cúchares, instruido como pocos en el conocimiento de las reses bravas y medios de burlarlas en cualquier trance preparado ó de improviso.

En la isla del Guadalquivir se verificaba una tiente de becerros, y á ella habían sido invitados los íntimos del ganadero, que por cierto era un célebre y entendido criador de reses de *primo cartello*. Curro Cúchares constituía, como torero, la única excepción, pues los convidados eran todos gente ilustrada y de pluma; y así, que espectadores meramente pasivos como Curro, habían tomado posesión de una carreta colocada en medio de inmensa llanura, para desde ella ver cómodamente y observar los lances de la tiente.

Estaba nublado el cielo y como con aparato de lluvia primaveral, y para evitarse una mojadura, cada quisque se había hecho conducir con su paraguas, que en caso de variación de temperatura, pudiese servir como

quitasol contra los rigores de Febo, que ya en esa época deja sentir sus ardientes rayos.

Todo era broma y jolgorio entre los ocupantes de la carreta: discusiones sobre las arrancadas y recargues que hacían los becerros al tentador, así como encomios de las *colleras* de derribadores que del *rodeo*, establecido allá á lo lejos, sacaban las reses destinadas á la prueba, dándoles á todo correr alcance, para terminarlo con el trepe de rigor que á veces, si consistía en la caída de costado, otras, y eran las más aplaudidas, finalizaba con total vuelta de campana, que malparaba al becerro dejándole como entontecido del golpe.

De pronto, y como impulsado por una idea que requiriese manifestación inmediata, levantóse Curro provisto de su enorme paraguas de canónigo, esto es, de aquellos que en lo antiguo se llamaban así, y que eran una enorme máquina de varillaje dorado, con vara de metal fortísimo, y terminada en blanco puño de marfil en forma de muletilla; un paraguas, en fin, de rica seda color grana, bajo cuya *media naranja* podía cobijarse una familia.

— Jacerme lao — dijo Curro.

— ¿Pero dónde vas, hombre? — le preguntó el primero, su amigo Lecomte.

— A una cosa, Carlillo.

— Pues no, no bajas; porque yo te conozco, y vas á hacer alguna diablura, y es una tontería que nos des el rato exponiéndote.

— Pero home, dejarme dir, que no ez coza de cudiao. Y así diciendo, que se opusieran todos ó no, saltó por encima de unos y otros y cayó en tierra, echando á andar y sin volver la cara.

— Pero, Currito — le decían — no seas majadero; vente, hombre, vente, ¿qué vas á hacer?

Y Curro, sin mirar atrás, contestó: — ¿que tóo se ha de decir? Pus voy á una necesiá menor.

— Aquí, hombre, aquí, junto á la carreta — le decía D. Carlos.

Nada, que no hacía caso, y allá fuése lejos á hacer su *menor necesiá*; mas *evacuó la cita* con tranquilidad absoluta, y adoptando entonces una postura fachendosa, apoyado el paraguas sobre la cadera izquierda, cruzando la pierna derecha sobre la otra y la mano diestra en la cintura, quedóse mirando hacia el *rodeo*.

— Currito, le gritaba, vente ya, no nos machaques más tiempo.

Y Curro sin hacer caso.

— Currito, acaba de venir y no nos des un mal rato.

Y Curro, por toda contestación y á cada nueva llamada, levantaba la mano derecha, pero sin volver la cabeza, y significaba con la acción que aguardasen.

En esto un bravo becerro había salido del *rodeo*, y con más pies que el fuego, corría como alma que lleva el demonio, y tras él la *collera* de garrochistas. El peligro podía ser cierto entonces, y ante este temor las voces de súplicas á Curro redoblaron; pero Cúchares, impávido, sin moverse de su sitio ni variar de postura, cuando más, volvía á su movimiento de mano para que aguardasen.

El becerro vió á Curro, que en medio de aquel an-

churoso paraje le desafiaba con su indiferencia, y le puso los puntos como suele decirse. Redoblando su carrera vertiginosa, con la baba de la rabia en la boca, impetuoso y á la vez decidido á apoderarse de aquel extraño bulto, iba acortando las distancias, aperciéndose aún más, no sólo del infante, que como estaba le aguardaba, si que también de las voces que á Curro daban sus amigos para que no comprometiese un lance.

Pero aquí de la gracia é inteligencia de Curro, que ya tenía estudiada de antemano su defensa habilidosa para divertir á todos, y probar que su genio taurómico improvisaba suertes en cualquier ocasión y con especial pretexto.

A unas seis varas ya el becerro, Curro cambia de posición, y sujetando el puño del enorme paraguas con la mano derecha, y con la izquierda puesta sobre el anillo del varillaje, esperó la acometida; no se hizo á guardar ésta, y en el momento mismo en que el becerro humillaba para tirar el derrote, corrió la mano izquierda y abrióse repentinamente el paraguas, haciéndole tal espanto á la res aquel enorme *engaño*, que dió un brinco de costado, y huyóse como si hubiera visto una máquina infernal.

Curro, que tenía suspenso el ánimo de sus amigos, reía con éstos, á reventar, de la gracia, tan luego terminó tan felizmente el lance, y marchando entonces hacia la carreta, fué recibido con abrazos, burras y plácemes al gran inteligente, que una vez más había probado su suficiencia artística, donde ni había *olivos* ni *aceitunas* con que taparse.



Tal fué la gracia de Curro Cúchares que D. Carlos nos refirió con sus más mínimos detalles, y que por ser cosa tan poco conocida me he permitido llevarla á las columnas de LA LIDIA, periódico el más querido de la buena afición y el de más fuste, por sus condiciones de textos é ilustraciones, y según prometí al mismo D. Carlos, al terminar su relato.

Lo que entonces no hice, hoy lo hago, ya cuando D. Carlos García de Lecomte no existe; pero mi palabra está cumplida y con ella respetada la memoria de aquel singular amigo á quien tanto aprecié en vida, y muerto recuerdo con profunda pena.

P. P. T.

Málaga 24 Mayo 1897.

## CARTERA TAURINA

Otro accidente desgraciado hay que añadir á los ocurridos en las últimas corridas. El de la cogida del modesto lidiador Cayetano Panero (Peterete), en la corrida efectuada en Valladolid en la tarde del día 30 del pasado Mayo.

El cuarto toro de los de Angoso, jugados en ella, al echarle el referido diestro un capote, se arranca tras él, le pisa éste y le hace caer. Una vez el muchacho en el suelo, le recoge, le voltea con gran aparato y le lanza al aire. El infeliz diestro, al caer, queda de bruces sobre la arena, sin movimiento, encogido violentamente y deshecho el traje.

Una vez conducido á la enfermería, se le pudo apreciar una extensa herida en un muslo, y fuertes varetazos, uno de ellos en el pecho, que le produjo un gran colapso, ocasionándole la muerte á los pocos momentos, en medio de horribles sufrimientos.

La impresión que en Valladolid ha causado su muerte ha sido grande, y á su entierro, que tuvo lugar el martes, acudió numeroso acompañamiento.

¡Descansen en paz el infortunado diestro!

El popular y activo empresario de la Plaza de Toros de San Sebastián, ha ultimado ya la combinación para las cinco corridas que en dicho Circo taurino han de celebrarse, cuatro en el mes de Agosto y una en el de Septiembre.

La primera se efectuará el día 8 de Agosto, con toros de Espoz y Mins, y los espadas Mazzantini y Bombita.

El 15, Guerrita y Fuentes despacharán seis toros de D. Manuel García Puente y López.

El cartel de la tercera, organizada para el 22, lo componen reses de D. Félix, y los matadores Lagartijillo y Algabeño.

Para la del 29 hay dispuestos seis bichos de Cámara, y están escriturados Guerra y Bombita.

Cerrarán la temporada Mazzantini y Guerrita, esto queando el 5 de Septiembre toros del Duque de Veragua.

El martes, á las once, se verificó en el palacio de la Diputación provincial, con asistencia de numeroso público, la subasta de la Plaza de Toros de esta corte, por seis años, á contar desde el domingo de Resurrección del próximo año de 1898.

Tres pliegos se presentaron, y leídos, resultaron ser el primero de D. Fernando López de León, vecino de Madrid, ofreciendo 200.252 pesetas anuales; el segundo de D. Nicanor Balbontín, de Sevilla, por la cantidad de 212.298 pesetas, y el tercero de D. Miguel Julián, de Zaragoza, por 193.748.

Terminada la lectura, se adjudicó provisionalmente el arrendamiento de la Plaza al Sr. Balbontín.

Un apreciable colega, coincidiendo con nuestras noticias, dice que el Sr. Balbontín es únicamente representante de D. Luis Charlo, y que algunos suponen que tras estas dos personalidades, figura la del Sr. Duque de la Roca.

Otro accidente desgraciado.

En la novillada celebrada en Valencia el día 30 de Mayo último, el novillero Salao, al banderillar el quinto toro de la corrida, que había de dar muerte, fué cogido por la entrepierna, volteaado y retirado á la enfermería, donde reconocido, resultó tener una herida de unos ocho centímetros en el escroto, con salida del testículo derecho, de pronóstico reservado.

Un párrafo suelto.

En el número del *Toreo de Barcelona* del 27 de Mayo, conmemorando el tercer aniversario de la muerte del Espartero, se leen varias composiciones en prosa y verso dedicadas á dicho espada, de una de las cuales copiamos las siguientes líneas:

«Es noción rudimentaria de urbanidad, la de honrar la memoria de nuestros semejantes, cuando han desaparecido del mundo de los vivos. Sólo un ser desnaturalizado puede conservar odios y hablar en sentido desfavorable de una persona fallecida... — Miguel Moliné y Roca.»

## ENTIERRO DE FABRILLO

Telegrama de *El Imparcial*, del día 8.

Esta tarde se ha verificado el entierro de Fabrillo.

Durante toda la mañana permaneció cerrada la casa mortuoria, por haberlo así dispuesto la autoridad, en vista de que, á pesar del embalsamamiento, el cadáver se encontraba en estado de descomposición.

Las calles por donde ha pasado el cortejo fúnebre, han estado llenas de gente.

Antes de las cinco de la tarde, que era la hora señalada, se notaba por todas partes extraordinaria animación. De los pueblos cercanos han llegado más de ocho mil personas. Se calcula en más de sesenta mil el número de los que han presenciado la comitiva.

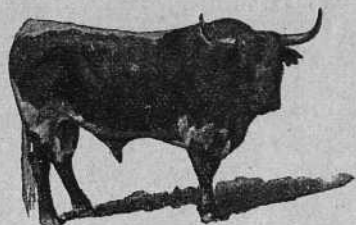
Delante del féretro, llevado á hombros por peones de la cuadrilla del torero muerto, iba un carruaje lleno de coronas.

En el cortejo figuraban muchos toreros y aficionados amigos de Fabrillo.

Presidían el duelo el doctor Moliné, algunos parientes del finado, y el sacerdote que auxilió á Fabrillo en los últimos momentos.

El desfile del cortejo, que se abría paso con dificultad por entre la muchedumbre, ha durado más de dos horas.— T.

## TOROS EN



## MADRID

## CORRIDA EXTRAORDINARIA Á BENEFICIO DEL HOSPITAL PROVINCIAL

VERIFICADA EL DÍA 3 DE JUNIO DE 1897

## GANADO

Ocho toros de la Excm. Sra. Marquesa viuda de Saltillo.

## ESPADAS

Mazzantini, Guerrita, Reverte y Bombita.

PRECISO es confesar que en los días que prece lieron inmediatamente á la tradicional corrida de Beneficencia, no alcanzó este año el entusiasmo, el calor y las proporciones que de ordinario suele despertar el importante espectáculo que presenciámos ayer tarde.

La afición viene cansada y esquilmada de algún tiempo á esta parte, y á eso hay que atribuir indudablemente el que la corrida benéfica hubiese sido acogida con alguna frialdad, desusada en fiestas de la índole de la que vamos á ocuparnos. Pero el público madrileño pensó oportunamente que no debía posponer su desprendimiento caritativo á su prodigalidad en favor de una empresa particular, y á última hora se rehizo la opinión y la afición en pro de la fiesta benéfica y en provecho del Hospital provincial, á cuyo sostenimiento contribuyen los productos de la misma.

Al empezar ésta, había, pues, tanto interés y afán por presenciárla, como siempre acontece, y en la calle de Alcalá y camino del Circo, latía la animación de las grandes solemnidades, y desfilaba todo lo notable que Madrid encierra, destacándose las mantillas blancas y las flores de hermosos colores sobre el contingente de belleza que con su asistencia había de realzar la edificante fiesta.



El Circo aparecía de gala por fuera y por dentro, dividiéndose desde distancia la colgadura y la bandera nacionales en el frontis principal de la fachada, y en el interior las colgaduras de los mismos colores, corrían á lo largo del balconcillo de la grada, y guirruñadas de ramaje trepaban á lo largo de las columnas de hierro, á unirse en las arcadas de los palcos. El golpe de vista era sencillo y agradable á la par, y grandioso é impotente, cuando la muchedumbre se hubo posesionado completamente de las localidades.

Hecha la señal de rúbrica por la Presidencia, cuatro alguacillos y la banda del Hospicio practicaron el acostumbrado despejo, y poco después, á los acordes de la misma que se esperó en el redondel, avanzaron las cuadrillas llevando á su frente á los acreditados jefes de ellas Luis Mazzantini, Rafael Guerra, Antonio Reverte y Emilio Torres, que lucían respectivamente sus ricos trajes de color morado, corinto, morado y plomo, con guaronaciones de oro.

En la Plaza el personal de turno, y en la barrera el de reserva, se abrió la puerta del chiquero por vez primera, y saltó la res de la ganadería de la Excm. Sra. Marquesa viuda del Saltillo, luciendo la divisa celeste y blanca de la casa, que ocupaba el lugar

1.º *Montañés* se llamaba, y era negro, entrepelado, bragado, caribello, muy fino, buen mozo, de hermosa lámina y afilado y abierto de cuerna. Muy voluntario y noble en el primer tercio, de Pegote, Albañil, Largo y Molina, tomó á ley siete varas, por cuatro caídas y tres bajas en la caballeriza. Tan noble pasó á banderillas, clavándole fácilmente entre Bernardo Hierro y Luis Recatero, tres pares al cuarteo y los tres buenos. Con la misma nobleza en muerte, Mazzantini, previos dos pases naturales, uno con la derecha, dos de telón y uno en redondo, entró al volapié, dejando una gran estocada en su sitio.

2.º *Calcetero*; que no lo era, sino negro entrepelado, chorreado bragado, de buena lámina, grande y caído y algo despuntado de cuernos. Guerrita le lancea tres veces con variedad y bondad. Tan voluntario y noble como el anterior en la suerte de varas, de Albañil, Pegote y Molina, toma siete, á cambio de

tres caídas y dos caballos para el arrastre, cogiendo en uno de los quites Guerrita la divisa, por delante ó por entre ambos cuernos. Se revolvió algo en banderillas, y Patatero cuarteó un par pasado y luego otro en igual forma, superior, tras dos pasados, estando Juan oportunísimo á la salida; y Antonio Guerra dejó otro al cuarteo, desigual. Guerrita le trasteó con ocho naturales, nueve con la derecha y cuatro ayudados, para clavar una estocada á volapié algo tendenciosa.

3.º *Javero*; cárdeno obscuro, chorreado, bragado, bonito, fino, ensillado y adelantado de pitones. Reverte, aunque se abre de capa, no consigue pararle los pies. Hace la pelea levantado en varas, tomanlo siete de Inglés, Agujetas y Charpa, por tres caídas y un caballo muerto. Acudiendo lo en palos, Pulga de Madrid clava al cuarteo dos buenos pares, y el Barquero otro de frente, delantero; incierto y algo quejado en muerte, pisa á manos de Reverte, que da un pase natural, otro ayudado y tres en redondo, sufriendo un desarme; cuatro naturales, uno ayudado y otro cambiado, para un pinchazo en hueso á volapié; y cuatro naturales, uno con la derecha y otro ayudado, para una corta, con tendencias, de lejos.

4.º *Hermanito*; negro listón, de hermosa y gran lámina, ensillado, muy fino y corto y apretado de astas. Bombita le ofrece unos lances... de lance. Bravo, duro y de cabeza, arremete en la primer vara con Agujetas, que gracias á los monos sabios que hicieron el quite, no tuvo un grave disgusto, porque los matadores estaban en las Delicias. Del mismo, Inglés y Cigarrón, aguantó siete más con empuje, originando seis tremendos porrazos y matando dos caballos. Incierto en la segunda parte, Ostioncito dejó par y medio al cuarteo, desigual aquél y delantero éste, y Moyano uno entero consintiendo mucho. Quedado y humillado á última hora, Bombita, después de cinco naturales y dos ayudados, intenta el cite á recibir, que no pasa de intento; tres naturales, uno ayudado y un pinchazo en hueso, á volapié, entrando muy bien; dos naturales y otro pinchazo exactamente igual; uno natural y otro ayudado, y media á volapié que escupe el toro; uno natural y otro pinchazo en hueso, á volapié, bien señalado, y otro natural y una estocada á volapié, bien puesta.

5.º *Bandolero*; cárdeno bragado, buen mozo, pero de peores hechuras y astifino. Bravísimo, codicioso y de gran poder, acomete ocho veces á Molina y el Largo, que llevaron solos tan durísima pelea; les tumbó tres veces y mata tres caballos. En una caída del Largo, lo atonta, á pesar de lo que vuelve á picar y caer, teniendo que pasar á la enfermería medio conmocionado. A estas dos caídas correspondieron dos soberbios quites de D. Luis, de los que aplaude toda la afición. Un poco quedado en palos, Regaterillo cuarteó dos pares, caído el primero y pasado el segundo, y Bernardo dejó medio de igual clase y caído asimismo. Acudiendo bien al principio é incierto y humillado luego, Mazzantini le toreó con 11 naturales, cinco con la derecha, cuatro ayudados y uno en redondo, para una estocada con tendencias, aguantando el diestro la arrancada de la res, é intentando una vez el descabello.

6.º *Pescolito*; cárdeno chorreado, bragado, de gran lámina, romana y presencia, y alto y fino de púas. Guerra le para con cinco verónicas y tres de frente por detrás, estas últimas superiores. Voluntario en varas, entre Cigarrón y Molina le pinchan seis veces, sin más consecuencias, animando mucho el tercio los matadores, en particular Guerra. Coge éste las banderillas, y en una preparación sin igual, adornándose y burlándose del toro á placer, á lo que el bicho se presta, le clava un par de frente monumental y otro marcando el cambio de lado, COLOSAL. Antonio Guerra acaba el tercio con medio par al cuarteo, en buen sitio. A partir de este momento, no cesan en la Plaza las palmas al diestro cordobés. Aplomadillo pasó el bicho á la muerte, y Guerrita, tras seis pases naturales, cuatro con la derecha, dos ayudados, tres en redondo y dos *sentado en el estribo de la barrera*, entra á volapié y pincha en hueso, marcando muy bien; uno natural y otro pinchazo á volapié, superior; y dos naturales y dos con la derecha, para una estocada á volapié, superiorísima. (Ovación.)

7.º *Melero*; cárdeno entrepelado, bragado, listón, buen mozo, de lámina, largo y abierto y corto de armadura. De gran bravura y nobleza, se lia nueve veces con Charpa, Cigarrón y Agujetas, á los que ocasiona seis enormes tumbos y les mata tres caballos. Durante este tercio, sigue Guerrita FENOMENAL. Bueno en banderillas, Carrinche deja un par al cuarteo, pasado, y luego otro al sesgo, regular, y Blanquito, otro cuarteando, desigual. Con tendencia á huirse en muerte, Reverte le toma con el trapo siete veces con la derecha, tres naturales, uno cambiado y cinco en redondo, para un pinchazo á volapié en hueso, echándose fuera; tres naturales, ocho con la derecha y dos ayudados, para una estocada, de lejos, un poco caída.

8.º *Bravio*, negro bragado, rebarbo, más pequeño, algo sacudido de carnes y vuelto y fino de defensas. Bombita manta

sin arte ni mérito. Cumpliendo en varas, acepta cinco de Cigarrón, Charpa é Inglés, á cambio de una caída y tres caballos menos. Quedado en banderillas, D. Luis las toma, y al oír algunas manifestaciones en el 4, las coloca en la arena. Pulga de Triana deja un par al cuarteo, caído, y otro al sesgo, muy bueno, y Moyano otro al cuarteo, también caído, y uno aprovechando. bueno. Y Bombita, que encuentra al bicho entablado, previos seis naturales, 14 con la derecha y siete melios pises, pincha en hueso á volapié, bien señalado; en tablas, marcando bien; otro pinchazo, quedándose el toro; dos intentos de descabello y una estocada algo delantera, esperando el viaje.

## RESUMEN

Gracias á Dios que hemos visto una corrida de toros, y despidámonos de ver otra igual en adelante. La Comisión de la Diputación provincial tuvo el buen acuerdo de pensar en la ganadería de Saltillo, como única novedad en la fiesta que organiza anualmente, ya que esa divisa está desterrada de esta Plaza por los que no quieren más que ganado de *momio*, como el del Duque de Veragua, y á precio de patatas como el de los demás. La Comisión tenía que pagar caro el ganado elegido, pero no fué ese reparo para persistir en su propósito, y dejando á la conciencia del ganadero la elección, ha conseguido un éxito completo. En efecto, los toros de ayer han sido buenos, más que buenos, sin defectos, reparos ni reservas de ningún género; en general, venían sobrados de las dos cualidades más preciadas en el toro de lidia: la bravura y la nobleza; y respecto á presentación, exuberantes de hermosura, lámina, crianza y respeto. En el primer tercio han hecho una pelea notabilísima, y en los demás han desplegado la nobleza suficiente para la consecución del mayor éxito de los mismos. ¡Bravo, pues, por el ganadero, y bravo por la Diputación provincial!

Y pasemos á decir cuatro palabras sobre los matadores, pero en la inteligencia de que los defectos que señalemos, merecen hoy atenuarse, y somos los primeros en reconocer esa atenuación, en gracia del objeto.

**Mazzantini.** — Si no todo lo ceñido que permitía el primero, el diestro estuvo parado y oportuno con la muleta é hiriendo como en sus buenos tiempos, al perfilarse en el volapié. La faena del quinto fué buena, particularmente en su principio, y, sin embargo, resultó excesivamente larga, contribuyendo á hacer incierto al toro. Hiriendo, puso más la res que el espada. A envidiable altura en quites. Respecto á las banderillas, tuvo razón, aunque quizá extremó su susceptibilidad, pues los manifestantes eran en contado número.

**Guerrita.** — La brega del segundo laboriosa para fijar al toro y hacerle levantar la cabeza con algunos pases muy bien rematados. Entrando á matar muy parado y muy cerca. La del sexto, dentro de su variación, tuvo dos aspectos: en uno destacó la parte de clasicismo en el arte, que le hubo indudablemente, y en el otro el verdadero derroche de facultades y alegría. El diestro se hartó, así como suena, de torear hasta el punto de dejar chocho al toro, y demostró su creciente afición al arte que practica. Con el estoque, superior. En banderillas imponderable, y en la brega incansables aquellos músculos de acero. Con que, no hay que darle vueltas, el número uno.

**Reverte.** — La lidia del tercero parando bastante, pero un poquito embarullada dentro de su variedad. Regular nada más al entrar y al herir. En el séptimo, aunque toreó con frescura, no consiguió sujetar al toro, y la cosa resultó larga. Hiriendo, aceptable la primer vez y con reserva la última. En la brega, discreto.

**Bombita.** — La faena del cuarto, con serenidad y de cerca, pero parando poco y sin rematar algunos pises. Desconocimiento en el cite, y valor entrando á matar, señalando bien en general. En el último, trabajando con voluntad y acierto, aunque sin lucimiento, para sacarle de las tablas. Aceptable con el acero. En la brega, desgraciado.

Nada extraordinario en peones, salvo Juan y Tomás, bregando; en el primer tercio, castigando Agujetas y el Albañil; voluntarios Pepe el Largo y Molina; la entrada á satisfacción; el tiempo bueno y la Presidencia acertada.

La corrida, en conjunto, es la más igual que se ha jugado hasta ahora, y seguramente no habrá un buen aficionado que no haya salido satisfecho. Mucho lo celebramos.

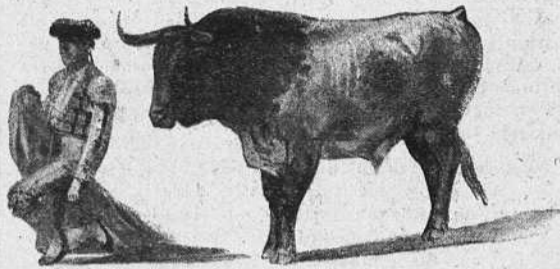
DON CÁNDIDO.

## UN PUÑADO DE VERDADES

— Ya no hay toros, ni toreros. . .  
 — No tanto, hombre, no tanto. . .  
 — Felipe Pérez lo ha dicho.  
 — Pero hay que ver en qué situación y por boca de quién. Dicho como y cuándo Felipe lo ha dicho, resulta una exageración discretísima, como todo lo que emana del ingenioso escritor sevillano. Sí, señor; una exageración, una *hipérbolo* del mejor gusto. ¿Sabe usted lo que es *hipérbolo*?  
 — Algun *infundio*. . .  
 — ¡Bah, bah! Usted no puede alternar conmigo.  
 — En fin, ¿hay toreros, hay toros?  
 — Sí, señor.  
 — En ese caso, ¿por qué no va usted á las corridas?  
 — Porque no me divierto.  
 — ¿En qué quedamos?  
 — En que no me divierto, ¿no se lo digo á usted?  
 — ¡Es claro! Usted como no se toree á la *antigua usanza*. . .  
 — Otra tontería.  
 — Todas las artes progresan. . .  
 — Estamos de acuerdo.  
 — Hasta la *indumentaria*.  
 — Ciertísimo.  
 — Pongale usted á Guerrita el capote con mangas de Frasquito Montes y la montera del Chiclanero, y verá usted lo que resulta. Una caricatura.  
 — No lo dudo.  
 — D. Pedro Calderón de la Barca escribió *La vida es sueño* con pluma de ave, y Ayala, como si lo viera, escribiría con pluma de acero *Consuelo* y *El tejado de vidrio*. . .  
 — ¿Y qué?  
 — Que las tres obras son hermosas y magníficas.  
 — ¿Quién lo duda? Pero no dude usted que Ayala, antes de escribir sus famosas obras, se sabría de memoria á Calderón. Sin el estudio de los *grandes antepasados*, no se llega á nada bueno.  
 — ¿Sin el estudio de los clásicos?  
 — Así es la verdad.  
 — ¿Luego, el toreo tiene clásicos?  
 — De algún modo se les ha de llamar para podernos entender.  
 — ¡Bah, bah! Eso en literatura podrá tener aplicación, pero en cuanto al toreo. . . El toreo de hoy no tiene desperdicio. No le falta ni tanto así. . .  
 — Está usted en un error. Le falta *seriedad*. Así lo he escrito.  
 — Usted es un viejo chocho.  
 — Me está usted buscando la lengua, y me la va á encontrar.  
 — Un viejo chocho, lo repito.  
 — Cervantes ha dicho que «no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.»  
 — ¿Y va usted á compararse con Cervantes?  
 — Guárdeme Dios de semejante osadía. Yo, pigmeo,

me inclino respetuosamente á besar la planta del coloso. He hecho la cita, porque al llamarme usted viejo, venia á pelo.

— Eso es lo que usted quisiera, tener *pelo*, so tío calvo.  
 — Eso tiene gracia, pero. . .  
 — No puede entender de toros ningún cal. . .  
 — Siga usted.  
 — No me atrevo.  
 — Se ha acordado usted de que hay matadores calvos. . .  
 — Eso, con no quitarse la montera y sujetarla con el *barbuquejo*, por si acaso. . .  
 — Pero hay que brindar. . .  
 — Cuestión de medio minuto. En fin, yo lo que digo es que hay más toros y más toreros que nunca.  
 — Ha dicho usted una gran verdad. ¿Son buenos por ventura? *Ecco il problema*.  
 — Unos y otros, mejores que los antiguos.  
 — Hasta ahí podíamos llegar; ya me ha soltado usted la lengua. Escúcheme con calma, y se convencerá de que tengo razón. Establezcamos un cierto método, si nos hemos de entender.



**Toros.** — No son mejores, porque se *tienta* con menos escrupulo. Hoy hace falta un ciento por ciento más de toros que antiguamente, y hay que abrir la mano en aquel terreno.

Además, las reses son más caras, porque cuanto mayor es la demanda, más caro se pone el género.

Esto es rudimentario. Hoy á los toros se los *encajona*; antes iban á pie, haciendo jornadas desde las dehesas á las Plazas. En los despachos de los gañados se ha introducido el mercantilismo y. . . *velay*. Si usted se acordara, como yo, de los Gaviria, de los Barbero y otros, no diría las tonterías que le oigo decir.

**Picadores.** — Hoy se pica de *fuerza á fuerza*, y no hay brazo humano que pueda contrarrestar la de un toro. Antes lo hacia casi todo la *habilidad*, con la cual se conseguía casi siempre que las *cornadas* fuesen de *cinchas atrás*. Ahora las *cornadas* resultan en el pecho casi siempre. Quedan pocos *Colchaos*, *Trigos* y *Charpas*.

**Toreros de á pie.** — En tiempos de Jordán, Blayé, Nicolás Baro, Muñiz y otros mil de este calibre, en cinco minutos, adornaban tres ó cuatro pares de palos los morrillos de los toros. ¿Por qué?

Porque hay toros que están pidiendo la *media vuel-*

*ta*, por ejemplo, y nuestros banderilleros flamantes se empeñan en ir siempre de frente á los toros, como si eso pudiera ser. Así se tarda á veces siete y ocho minutos en *arreglar* á un toro para un *cuarteo*.

**Matadores.** — ¿Cómo se hacen los quitos?

— Adornándose.

— Déjese usted de esas nomenclaturas. La palabra misma lo está diciendo. *Quitar* á un toro, después de tomar una vara, es librar de una cogida á un picador, llevándose al toro de una jurisdicción á otra. Esto se hacia antes, sin inquietar á la res, corriéndola generalmente *por derecho*, aunque en *el quite* no se oyeran las palmas. Ahora, sobre un quite se engendra otro y otro después, y así sucesivamente hasta que el aplauso rompe, lo cual es muy halagüeño para el matador, pero fatigoso para el toro, que suele quedar *derrengado*. Además, como los banderilleros se *meten á quitar* también, el barullo, mejor dicho, el herradero, desaparece pocas veces del redondel. Una mirada del matador bastaba para meter en cintura á la gente; ahora hay más voces y menos autoridad. Los matadores se *abrian de capa* únicamente en los casos que lo pedían los toros, y del recorte con el capote al brazo no se abusaba tanto como ahora. Sabían aquellos hombres para *qué servía la muleta*, y en algunos pases de castigo, *dejando llegar*, por supuesto, oíanse crujir materialmente los huesos del animal. No se *aburría* á los toros con pases que por *inútiles y tontos*, no producen más que el cansancio de todos; y jamás se *arrancaba el matador*, cuando el toro estaba vivo, sin haber *adelantado antes el pie*. Convencido de que el toro *no partía*, el hombre se *tiraba* del modo que inventó Costillares. ¿Me ha oído usted bien? Mucho más podría añadir si el periódico me concediera espacio para ello.

— No me negará usted que las *monerías* que ahora se hacen. . .

— Pero, hombre de Dios, sin ir más lejos, puedo asegurarle á usted que Curro Cúchares, solo, solito, ha tendido, sentado en el estribo, más testuces que puede usted ver tentar en todo lo que le queda de vida. A veces una zapatilla ó un pañuelo han sido su muleta.

— ¡Ah! Luego los toreros antiguos tenían más valor que los modernos.

— Nadie ha dicho eso. Los toreros actuales tienen un valor á toda prueba. Por algo son *españoles*. . .

— Pero usted. . .

— Acostumbrado á la *seriedad antigua*, voy poco ó nada á las corridas de toros.

— Por un santo menos. . .

— No se arruina un Bartolo; convenido.

— En fin. . .

— En fin, basta de conversación por hoy.

— Pero el público. . .

— El público paga y por consecuencia es el verdadero conde. Conque *non racionar di tor, ma guarda é pasa*.

— Para *pasa* el cutis de usted.

RAFAEL MARÍA LIERN

## AL PIE DE LA LETRA

*El Canguelis*, torero de quien todos se burlan, porque en la torería no lo hay que más presuma de inteligencia y arte, de arrojo y de bravura, al verse frente á un toro se «*achica*» y se aturulla; es víctima constante de avisos y de multas; el público le tira naranjas y le insulta; y cuando — ¡oh, suerte! — un toro mata por su fortuna y no vienen los mansos entre pitos y chunga, es porque, al fin, la suerte al «matador» ayuda, y «*agarra un bajonazo*»

que le hace que sucumba, ó porque el mismo toro se aburre de «la lucha», y al pobre animalito «*aquéello*» le repugna, y muere de vergüenza, de náuseas y de angustia; porque hay algunos «*bichos*» con más «*pudor*» que muchas personas de coleta, que su decoro ensucian.

Pues bueno: al tal *Canguelis* no hay luego quien lo sufra, y de los matadores que ganan y figuran, el hombre dice pestes, horrores y hasta injurias. El *Guerra*. . . ¡bah! no es guerra, es una escaramuza; *Reverte*. . . ni se tira ni se ha tirado nunca;

al *Bomba*, le dan *lombo* porque es la prensa injusta, y á *Mazzantini*, airado como á un maleta juzga, y lo pone lo mismo que de *dómine chupa* (transposición ó *hipérbaton* se llama esta figura).

Él sólo es el espada que vale, aunque le turban y silban envidiosos y mucha gente inculta. Que él huye siempre. . . ¡Falso! Que es cobardón. . . ¡Calumnia! Que es «*iznorante*». . . ¡Infamias, mentiras é imposturas! Él, cuando llega el caso y la suerte le ayuda, y no da con un toro que ni el *Frascuero* «*tumba*», porque los hay *marrajos*

que al más valiente apuran; su valentía muestra y nadie ve que huya, y se atraca de toro y se duerme en la cuna.

Ayer un «*su compadre*» me ha dicho que es «*la pura*», porque él lo ha presenciado y no consiente dudas. Come á diario carne de toro casi cruda; se *atraca* así de toro con extremada gula, y para echar la siesta se acuesta y se acurruca, haciéndose un ovillo en la cunita de una niña de pocos meses que «*casi*» es hija suya.

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

## LA LIDIA REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS

REDACTADA POR LOS MÁS ILUSTRES ESCRITORES TAURINOS

Administración: Calle del Arenal, núm. 27, litografía. — MADRID

De venta colecciones completas de los quince años publicados

## Establecimiento Tipolitográfico de J. Palacios

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 27. — MADRID

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de toda clase de trabajos artísticos y comerciales.